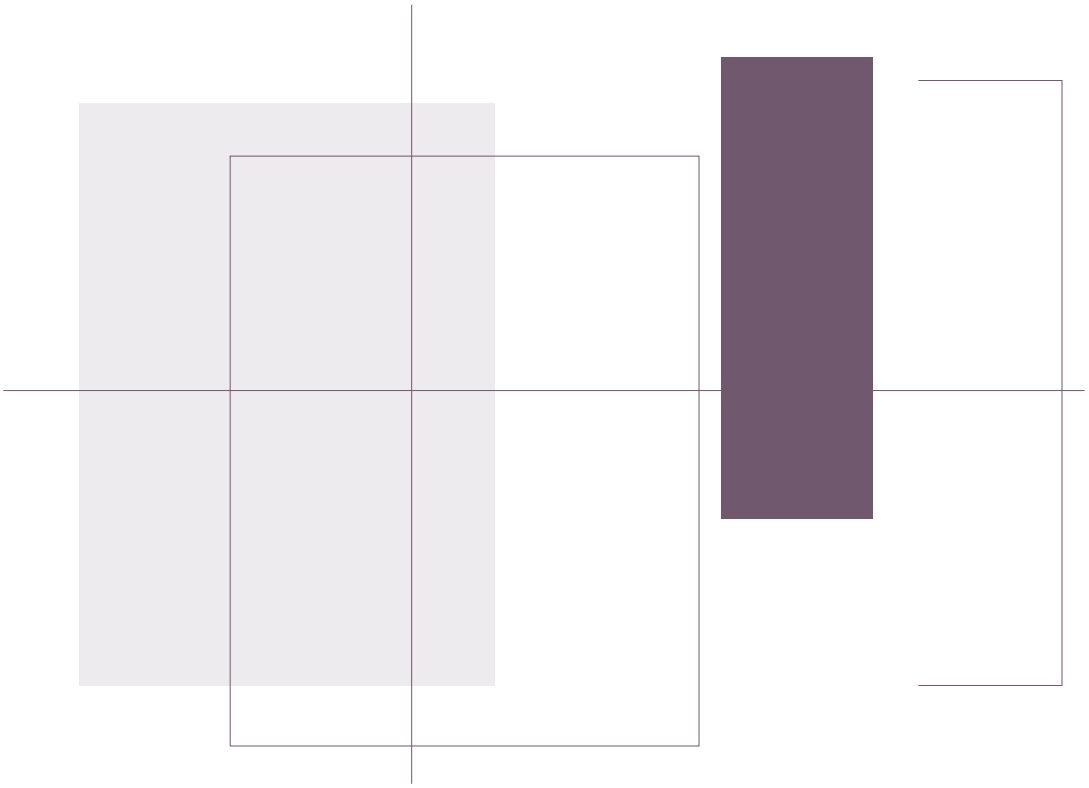
de la cultura – de la barbarie

Judith Butler

Seducción, género y pulsión



Centro de Estudios e Investigación en Memoria, Historia y Psicoanálisis «Walter Benjamin»

Seductions and Enigmas: Laplanche, Theory, Culture
John Fletcher y Nicholas Ray (eds.) · Lawrence & Wishart · 2014 · pp. 118–133

Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo

Seducción, género y pulsión

Judith Butler

Capítulo 5 de *Seductions and Enigmas: Laplanche, Theory, Culture*.
John Fletcher y Nicholas Ray (eds.). Lawrence & Wishart, 2014, pp. 118–133.

Nota de los editores

El ensayo de Judith Butler «Seducción, género y pulsión» ofrece un panorama de las principales innovaciones teóricas surgidas de la retravesía analítica que Laplanche realiza de ciertas categorías freudianas, centrándose en las implicaciones de su pensamiento para los ámbitos políticamente disputados del género, la sexualidad y el parentesco. En particular, reflexiona sobre las consecuencias que dos de las grandes reorientaciones laplancheanas de la teoría psicoanalítica tienen para el pensamiento del género. La primera es su desarrollo sistemático de la diferenciación, en gran medida implícita en Freud, entre pulsión (*Trieb*) e instinto (*Instinkt*), entre las pulsiones sexuales adquiridas, en plural, y las funciones heredadas de autoconservación; la segunda, íntimamente ligada a la primera, es la prioridad del otro adulto y de sus transmisiones e implantaciones seductoras en el *infans* —sin lenguaje— a través de los cuidados habituales de alimentación y crianza. Laplanche solo llegó a abordar la cuestión del género en un ensayo tardío,[1] donde la plantea en sus diferencias y relaciones con la sexuación o diferencia sexual (*le sexué*), por una parte, y con las pulsiones sexuales perversas polimorfas (*le sexual*), por otra.[2] Aunque Freud no dispone de un término específico para el género, su lectura interpretativa, como demuestra Laplanche, permite reconocer descriptivamente su diferencia respecto de la diferencia sexual en sentido estricto. También aquí Laplanche otorga claridad teórica al término al situarlo dentro de la teoría general de la seducción originaria y la traducción. Allí donde habitualmente se piensa el género como identidad de género —por ejemplo, mediante la identificación con el adulto generizado—, Laplanche sostiene que la identificación con el otro está necesariamente precedida por una identificación previa por el otro. Butler retoma esta tesis del género como mensaje enigmático y como asignación a un género codificado preexistente, que requiere una traducción ulterior, y explora de manera esclarecedora sus consecuencias productivas para pensar la prioridad del género en relación con la sexuación y la experiencia corporal.

Seducción, género y pulsión

Mi propósito en este trabajo es llamar la atención sobre la reelaboración laplancheana de la seducción y la pulsión, y sobre su radical reconsideración de la relación entre el mundo cultural, entendido como mundo adulto, y la formación de la sexualidad infantil. Esta teoría tiene consecuencias de amplio alcance para el género, la experiencia corporal y el parentesco, incluida una reconsideración de la edipización. Esbozaré algunas de estas consecuencias y señalaré lo que considero radical y original en la contribución de Laplanche al pensamiento de la seducción y de la pulsión.

A Laplanche le preocupa que el psicoanálisis, en su teoría y en su práctica, corra siempre el riesgo de reproducir cierto narcisismo del yo, y que sus propios vocabularios teóricos codifiquen y perpetúen algo que solo puede entenderse como una resistencia al inconsciente mismo. En términos generales, encontramos esto, por ejemplo, en aquellas teorías que toman el yo como fundamento del tratamiento terapéutico y de la teoría psicoanalítica; también lo encontramos en cierta gramática habitual con la que se describe el inconsciente. Si se dice que un sujeto «tiene un inconsciente», o si se lo insta a conocer «su inconsciente», parece entonces que el inconsciente es un predicado de ese sujeto, o algo que, en principio, puede traducirse íntegramente en conocimiento consciente. Laplanche sostiene de manera persuasiva que una conceptualización adecuada del inconsciente exigiría no solo perturbar nuestra gramática, sino también cierto desplaza-

[1] Nota de los editores: «Gender, Sex and the Sexual», en *Freud and the Sexual: Essays 2000–2006*, John Fletcher (ed. y trad.), Jonathan House y Nicholas Ray (trads.), Nueva York, International Psychoanalytic Books, 2011, pp. 159–201.

[2] Nota de los editores: Laplanche inventa un neologismo en francés al transformar el componente adjetival alemán *Sexual-* en un sustantivo independiente, en contraste deliberado con el término francés corriente *sexuel*. En alemán, *Sexual* aparece principalmente como una raíz adjetival ligada a un sustantivo; por ejemplo, *Sexualtrieb*, pulsión sexual, o *Sexualtheorie*, teoría sexual. Se intenta así registrar terminológicamente la diferencia entre la noción freudiana ampliada de sexualidad (*le sexual*) y la noción del sentido común o tradicional de una sexualidad principalmente genital (*le sexuel*). Esta innovación terminológica no puede reproducirse en inglés, pues el término alemán *Sexual* coincide exactamente en su grafía con el término inglés corriente «sexual», en lugar de contrastar con él como sucede en francés. Los traductores ingleses del volumen donde Laplanche desarrolla este término, *Freud and the Sexual*, op. cit., han elegido señalar el neologismo laplancheano mediante la cursiva: *sexual*, pronunciado con una «a» larga: «ah».

miento del sujeto humano dentro de un esquema metafísico más amplio. En otras palabras, el inconsciente es aquello que descentra al sujeto e impide tomar al sujeto o al yo como punto de partida para comprender la vida psíquica. En sentido estricto, el inconsciente no es una «parte» de la mente, pues esto volvería a postular la mente como un continente, es decir, como una estructura que el inconsciente no perturba ni desorienta. Incluso nuestros esfuerzos por «conocer» el inconsciente serán trastocados por aquello que no podemos recuperar ni conocer. Lo irrecuperable y lo incognoscible nos constituyen esencialmente y señalan cierto límite a nuestra capacidad de dominio cognitivo.[3] Esto implicaría una crítica profunda de los esquemas conceptuales que presuponen ese dominio cognitivo en sus descripciones teóricas de la mente o del yo, o que lo prescriben como norma del tratamiento psicoanalítico.

Tales teorías tienden a pasar por alto o rechazar los orígenes traumáticos de la pulsión. Laplanche sostiene que las pulsiones tienen sus «fuentes» en los restos no traducidos de significantes enigmáticos que el otro implanta traumáticamente y que el destinatario infantil metaboliza parcialmente, siempre de manera imperfecta. Por consiguiente, la teoría general de la seducción presupone un trauma primario, una interrupción no deseada por parte de lo extranjero y la instalación de lo extranjero en el psiquismo, que coproduce las fuentes inescrutables y persistentes de la pulsión.[4]

Freud considera que la «opinión popular» sobre la naturaleza y las características de la sexualidad ofrece «una imagen muy falsa de la verdadera situación»: «se la considera generalmente ausente en la infancia», se desarrolla con metas heterosexuales ya establecidas y se despliega sencillamente conforme a una necesidad y a un ritmo biológicos cuya meta es la autoconservación y la propia perpetuación, cuando no la perpetuación de la especie.[5] En el vocabulario freudiano, *Instinkt* parece reservarse para lo hereditario, innato, invariable y, por lo tanto, endógeno al organismo. Cuando Freud recurre al término *Trieb*, en cambio, señala la emergencia de pulsiones parciales infantiles que no pueden comprenderse por completo como parte de los instintos de autoconservación. Laplanche insiste en que algo interrumpe ese despliegue biológico y también actúa sobre él de maneras imprevisibles. Se trata de algo exógeno, que parece encontrar sus fuentes en la introducción de lo extranjero en el psiquismo. La pulsión, por tanto, precisamente no es hereditaria; tampoco es adaptativa, concebida como parte de un esquema evolutivo y vinculada con un impulso interno de supervivencia.

Según su perspectiva, la fuente de las pulsiones sexuales infantiles se deposita precisamente a través de las intervenciones de los padres o de otros adultos que incitan y excitan al niño mediante los cuidados, la manipulación, las impresiones que dejan en él y el sostén. En otras palabras, la sexualidad surge en su primer momento como «apoyo» (*Anlehnung*) de la pulsión sobre las funciones instintivas de autoconservación —alimentación, digestión, excreción, etc.— que Freud precisa en el segundo de sus *Tres ensayos*, dedicado a la «sexualidad infantil». El lenguaje y los gestos del adulto son enigmáticos y permanecen así durante el resto de la vida. Sin embargo, estos significantes enigmáticos, para utilizar los términos de Laplanche, son metabolizados y elaborados psíquicamente por los procesos de represión del niño, cuyos fracasos de traducción depositan, por así decirlo, un cuerpo extraño alojado en el interior, sin el cual no habría pulsión, es decir, deseo sexual.

Quizá lo más importante que debe subrayarse aquí es que los adultos comunican deseo a través de innumerables medios, situación que constituye una relación en el plano de los cuerpos e incluso establece cierto vínculo somático que es a la vez traumático —en el sentido de enigmático, excesivo para poder tramitarlo y abrumador— e incitante —en el sentido de que el exceso no ligable de esos mensajes enigmáticos forma, por así decirlo, las fuentes de las pulsiones—. El niño todavía no habla, pero está saturado de comunicación; sobre todo, se encuentra en un estado de desvalimiento frente a los mensajes que lo rodean y se le dirigen.

Del esquema que acabo de ofrecer se desprenden dos cuestiones. La primera es que la idea de «apego», centrada en el carácter no traumático o incluso antitraumático de las intervenciones parentales, también incide en la emergencia de la sexualidad infantil y del inconsciente. Si queremos pensar más cuidadosamente el problema del apego, tendremos que aceptar que las mismas acciones que ayudan a sostener al niño serán, necesariamente, abrumadoras y enigmáticas, y comunicarán una sexualidad adulta que no puede comprenderse; los productos no procesados de esas acciones seguirán actuando sobre el niño y formarán su sexualidad de maneras que establecen su distancia respecto de una base instintiva o hereditaria.

[3] Para una discusión más amplia de este límite constitutivo al dominio cognitivo, tal como lo formula Laplanche, y de sus consecuencias éticas, véase Judith Butler, *Giving an Account of Oneself*, Nueva York, Fordham, 2005, especialmente los capítulos 2 y 3.

[4] Esta intromisión, interrupción o trauma es, en palabras de Laplanche, «al comienzo, una herida, concebida como una "perforación" de la superficie del cuerpo». Véase Laplanche, *Life and Death in Psychoanalysis* (1970), Jeffrey Mehlman (trad.), Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976, p. 129.

[5] Freud, *Three Essays on the Theory of Sexuality* (1905d), *Standard Edition*, vol. 7, pp. 123–245, p. 135.

Esta intervención o incidencia, necesaria para la supervivencia —porque suplementa los deficientes instintos de autoconservación— y que a la vez incita las pulsiones o el deseo sexual, es lo que postula una teoría de la seducción generalizada. Por supuesto, muchas personas bienintencionadas y progresistas temerán que Laplanche haya embrollado las cosas, haciéndonos retroceder del apego hacia un modelo de seducción anticuado o desacreditado. Al fin y al cabo, el apego privilegia formas de cuidado emocional, sostén y sustentación exactamente opuestas a la incidencia sexual no deseada, la seducción y la explotación. Tenemos, por lo tanto, todas las razones para detenernos aquí.

Sostendría, sin embargo, con firmeza que oponer el apego a la seducción de esta manera supone desconocer la teoría de la seducción generalizada. Supone desmentir la enorme influencia de la sexualidad adulta en la formación del niño y desvalorizar aquellas comunicaciones que no tienen un carácter de explotación ni un estatuto moral, sino que forman parte del cuidado y de la intervención adulta necesarios, incluso de las dimensiones táctiles y verbales de la crianza sin las cuales el niño no puede sobrevivir ni surgir como sujeto de deseo. La moralización del cuidado infantil como actividad radicalmente deserotizada y deserotizante constituye nada menos que un ataque a la teoría de la sexualidad infantil, a la teoría de las pulsiones y a cualquier concepción del inconsciente. Llegados a este punto, tendríamos que preguntar: ¿cuánto del psicoanálisis se ha sacrificado en nombre de una moralidad interesada e ilusoria?

En segundo lugar, la separación entre instinto y pulsión no es absoluta. Tampoco podemos decir que la pulsión se derive de algún modo causalmente del instinto. Solo mediante un conjunto de intervenciones externas la pulsión se separa del instinto. En virtud de esta escena generalizada de seducción, la pulsión adquiere metas que ya no están regidas por la autoconservación y los instintos de vida que la presuponen, ni por la reproducción biológica de la especie —la explicación «popular» de la sexualidad—. Según esa perspectiva popular, el instinto despliega una meta heterosexual para el deseo humano, o así lo sostiene Freud en *Tres ensayos de teoría sexual*. La pulsión, en cambio, no deriva del instinto: si así fuera, el instinto y sus despliegues gobernarían su trayectoria. Laplanche no se refiere a la pulsión como algo continuo con el instinto, ni como una transmutación de este, sino como cierta ruptura que establece algo cualitativamente nuevo.[6] Esta pulsión es sexualidad en general y puede ser pregenital o paragenital, así como genital. Lo más importante es que se trata de una sexualidad cuya fuente se encuentra en la fantasía, donde la fantasía no se genera por sí misma, sino que sigue a la experiencia de recibir incidencias e incitaciones. El niño inicia sus exploraciones sexuales y accede a una vida de fantasía precisamente cuando se encuentra marcado e infiltrado por significantes enigmáticos y abrumadores. Esta es la escena generalizada de seducción, coextensiva con la escena generalizada de comunicación entre el adulto y el niño. No equivale a una relación sexual de explotación ni a un acto de abuso. Debe aceptarse, más bien, como la consecuencia erótica de los cuidados necesarios y vitales, la consecuencia de una intervención sin la cual el niño no puede sobrevivir ni desarrollarse favorablemente.

Hasta aquí he intentado mostrar que Laplanche ofrece una manera de reconsiderar dos conjuntos de oposiciones. El primero es la oposición entre pulsión e instinto; el segundo, entre apego y pulsión. También ha formulado de manera persuasiva una teoría de la seducción generalizada que, a mi entender, contrarresta y supera algunas de las objeciones morales dirigidas contra esa perspectiva. La cuestión que se nos presenta no es si la seducción es una fantasía o un acontecimiento. Bien puede ser un acontecimiento sin el cual no haya fantasía. Para comprender su significado tal como lo expone Laplanche, tendríamos que distinguir entre las formas de incidencia que inauguran la vida sexual del niño y aquellas que explotan su desconocimiento y su dependencia con fines abusivos. No es necesario negar la tesis de la sexualidad infantil para adoptar una posición moral contra la explotación sexual de los niños. De hecho, lo que se explota en el niño es, en parte, su desconocimiento, su vulnerabilidad a las impresiones, su necesidad radical de contacto y su capacidad de fantasear. Esto no significa reducir todas las fantasías de seducción a actos de incidencia, sino comprender mejor la diferencia entre las formas de incidencia sin las cuales el niño no puede sobrevivir y aquellas que ponen en peligro su supervivencia y su desarrollo. Para establecer esta distinción no tenemos que volvernos contra las fuentes tempranas de la fantasía, la escena generalizada de seducción ni, desde luego, la sexualidad infantil.

No hay desarrollo del niño sin la intervención del otro, y ese otro bien puede ser uno de los padres o una persona que lo cuide; por eso, cuando consideramos que puede tratarse de cualquier adulto, parecería que el género de ese otro es incidental respecto del hecho de la intervención. Ser nombrado como un género significa recibir un sig-

[6] Véase «Drive and Instinct: distinctions, oppositions, supports and intertwinings», en *Freud and the Sexual: Essays 2000–2006*, John Fletcher (ed.), John Fletcher, Jonathan House y Nicholas Ray (trads.), Nueva York, International Psychoanalytic Books, 2011, pp. 5–25, p. 22.

nificante enigmático y abrumador; también significa ser incitado de maneras que permanecen parcialmente inconscientes. Recibir una asignación de género significa estar sometido a cierta demanda, cierta incidencia y cierta seducción, sin conocer plenamente los términos de esa demanda. Además, la insistencia en que los deseos adultos pueden generarse desde múltiples lugares del mundo adulto parece ofrecernos un medio para reconsiderar la comunicación del género sin presuponer la estructura edípica: la niña que se identifica con la madre o rechaza esa identificación; el niño que se identifica con el padre o la rechaza, etc. Esa intervención del adulto, entendida en sentido amplio, es lo que se nombra como seducción; y, puesto que la seducción establece un desvío de la pulsión respecto del instinto, constituye, podríamos decir, el mecanismo para comprender su compleja interrelación. No son opuestos, pero tampoco hay continuidad entre ellos. El instinto hace posible la pulsión, pero la pulsión instituye una vida de fantasía cualitativamente nueva, que no está limitada por las teleologías de la vida biológica. Por eso, para Laplanche, seducción es el nombre del fenómeno que excede «las oposiciones tradicionales entre lo endógeno y lo exógeno, lo constitucional y lo adquirido» (Laplanche, *Life and Death*, p. 131).

Además, lo que hemos llamado intervención, incidencia o escena generalizada de seducción no actúa simplemente una vez; no es un acontecimiento único. En este sentido, la concepción laplancheana de la seducción se desplaza más allá y fuera del marco comúnmente aceptado para dirimir la controversia acerca de si la seducción es fantasía o acontecimiento. No podríamos decir que la seducción, en este sentido, es un acontecimiento —lo cual no significa que no haya acontecimientos de seducción—. Tampoco podríamos decir que la seducción es el contenido de una fantasía, pues la seducción, en este sentido generalizado, es lo que inaugura la fantasía. Desde luego, esto no significa que no haya fantasías de seducción. Solo significa que, cuando nos referimos a fantasías de seducción, todavía no estamos comprendiendo ni refiriéndonos a la escena generalizada de seducción que hace posible la fantasía. Del mismo modo, cuando hablamos de un acontecimiento de seducción, todavía no estamos comprendiendo ni refiriéndonos a la escena generalizada de seducción, que no es un acontecimiento único, sino una instancia de acción persistente.[7]

¿Qué implica, entonces, la ruptura constituida por la pulsión para pensar el género y la sexualidad? Quisiera plantear tres cuestiones: la primera es que la perspectiva de Laplanche nos pide pensar más allá de aquellas versiones de la edipización que presuponen a la madre y al padre como designaciones exclusivas y primarias de la parentalidad o del cuidado adulto. En segundo lugar, quisiera sugerir, con Laplanche, que cuando hablamos de los mensajes adultos enigmáticos que atraviesan al niño y transmiten el deseo adulto, también estamos hablando, invariablemente, del género. Laplanche propone reconsiderar la asignación de género como un deseo transmitido inconscientemente, perspectiva que tiene consecuencias para los enfoques sociológicos y jurídicos actuales sobre la asignación y la reasignación de género. En tercer lugar, quiero saber si una sexualidad enfáticamente no reproductiva es lo que finalmente distingue la pulsión del instinto: ello sugeriría que la dimensión de la sexualidad que no está limitada por el instinto constituye precisamente lo cualitativamente nuevo, y que esta emergencia respecto de las restricciones biológicas es posible gracias a la biología, aunque en ningún sentido esté determinada por ella.

Parentesco y edipicidad

¿Cómo comprender, en primer lugar, las consecuencias de la perspectiva de Laplanche para reconsiderar los modelos de parentesco que se dan por sentados y suelen sostener el relato de la edipización dentro del psicoanálisis? John Fletcher aclara que el recurso de Laplanche al «mundo adulto» como fuente de mensajes sexuales supone un apartamiento significativo de aquellas concepciones psicoanalíticas que dan por supuesto que una escena edípica con Madre y Padre estructura el deseo en un nivel primario.[8] Fletcher ha señalado con razón que la teoría laplancheana del «significante enigmático» surge como una alternativa clara a lo simbólico lacaniano. En primer lugar, podemos advertir que los desplazamientos constitutivos de la pulsión no sobrevienen a una prohibición edípica estricta. No se trata de que un deseo, si no se lo refrena, entregue al sujeto a una ley paterna mortífera; más bien, desde el comienzo,

[7]Para explicar este último punto, Laplanche vuelve, como lo hace una y otra vez, a los párrafos iniciales de *Studies in Hysteria* (1893–1895, *Standard Edition*, vol. 2), donde Freud habla de cómo las incidencias primarias continúan actuando mucho después del acontecimiento de su comienzo. Freud escribe, por ejemplo: «El fenómeno histérico no es de una índole que implique que el trauma actúa meramente como un *agent provocateur* al desencadenar el síntoma, que después lleva una existencia independiente» (p. 6). Y, algo más adelante, continúa: «Presumimos que el trauma psíquico —o, más precisamente, el recuerdo del trauma— actúa como un cuerpo extraño que, mucho después de su entrada, debe seguir considerándose un agente que aún está en acción» (ibid.).

[8]Véase John Fletcher, «The Letter in the Unconscious: The Enigmatic Signifier in the Work of Jean Laplanche», en *Jean Laplanche: Seduction, Translation, and the Drives*, John Fletcher y Martin Stanton (eds.), Londres, ICA, 1992, pp. 93–120.

el deseo sexual está atravesado por significaciones y trayectorias que no pueden comprenderse plenamente y que, de hecho, nunca podrán quedar por completo al alcance de la reflexión consciente. Lo que impulsa los desplazamientos del deseo es menos un esfuerzo por eludir las consecuencias mortíferas de una ley prohibitiva que un esfuerzo por comprender un conjunto de deseos adultos que han sido, en parte, traducidos y asimilados y, en parte, excluidos de la traducción y reprimidos. El niño desconoce estos mensajes abrumadores y confusos, transmitidos de manera más o menos inconsciente por el mundo adulto, y se encuentra desvalido frente a ellos. Por consiguiente, la sexualidad que emerge, entendida como una serie de desplazamientos respecto del instinto, resulta de ese desvalimiento frente a la palabra adulta deseante. En tal situación, el niño se convierte en un teórico investigador que trata de comprender la fuerza y la dirección extrañas de sus propios impulsos. Frente a una perspectiva lacaniana que privilegiaría la ley paterna y sus prohibiciones, Laplanche resitúa el dilema del niño como aquel en el que una vida sexual enigmática emerge como consecuencia de una seducción generalizada. El problema de la sexualidad infantil no consiste en cómo evitar la muerte por castigo, sino en cómo comprender un deseo que, desde el comienzo, ya es el deseo del otro.

Para quienes aprecian hasta qué punto la posición lacaniana ha estado ligada a modelos estructuralistas del parentesco, este apartamiento de la doxa lacaniana tiene enormes consecuencias. Recordemos que varios analistas y psicólogos sociales de orientación lacaniana han participado activamente en los argumentos contra la parentalidad gay y lesbiana en Francia —lo que se denomina «homoparentalité»— y que suelen referirse a las posiciones simbólicas de Madre y Padre como puntos de referencia necesarios para cualquier niño que aspire a ingresar en el mundo de una manera no psicótica.[9] Este intenso esfuerzo por instaurar una forma contingente de parentalidad heterosexual como condición previa de la cultura misma y como norma invariable de salud psíquica ha llevado a graves privaciones de derechos jurídicos y a atribuciones innecesarias de psicopatología. También ha conducido a una incomprensión generalizada, cuando no a una fobia, ante la variabilidad de las estructuras de parentesco, las consecuencias concretas de un posestructuralismo y la viabilidad, para el bebé y el niño, de múltiples modalidades de parentalidad y cuidado que proporcionan condiciones de amor.

Teóricamente, el apartamiento de Laplanche respecto de Lacan en este punto implica una crítica completa de la ley paterna, ligada a la explicación estructuralista del intercambio de mujeres y a las premisas universalistas de la «cultura». A esa concepción de la ley paterna se contrapone una concepción de un mundo adulto que genera e impone significantes enigmáticos a un niño que responde con desvalimiento cognitivo, fracasos de traducción y las pulsiones que así se han incitado. Como resultado, mensajes primarios con un afecto y una dimensión sexuales inconscientes se implantan en las superficies y los orificios del yo-piel primitivo del niño. Además, esos otros primarios cuyos deseos se comunican mediante diversas prácticas están ellos mismos bajo el influjo de tales mensajes: también ellos han sido incitados inconscientemente por esos mensajes. Aquellos cuyos deseos se convierten en los elementos extranjeros e incitantes de mi propio deseo están, a su vez, impulsados por lo extranjero y lo incitante, e invariablemente es así. Por lo tanto, todos los personajes de la escena desconocen en gran medida, y de manera irreversible, el significado y el contenido de los mensajes que los incitan e impulsan. Hay algo extranjero en el deseo, y el deseo nos hace siempre, en ciertos aspectos, extranjeros para nosotros mismos. Esto se debe a que lo extranjero no solo ha logrado entrar en nosotros, sino que se ha convertido en la fuente de las pulsiones, en aquello que incita la posibilidad misma de un «yo» que se constituye como sujeto de deseo.

Esta concepción de la inducción del deseo ofrece una alternativa diferenciada a la edipización, teoría que o bien presupone una eficacia instintiva para limitar y orientar el deseo humano conforme a exigencias biológicas, o bien explica la producción del deseo como consecuencia de la prohibición misma —la herencia paulina de la perspectiva lacaniana—. En efecto, como lo expresa Fletcher, «el Edipo ya no es originario en el sentido de primero, sino que queda situado tópicamente como secundario, aunque pueda implicar la reelaboración de inscripciones y traducciones anteriores; tampoco es ya originario en el sentido de universal, sino culturalmente contingente» (Fletcher, «Letter in the Unconscious», p. 118).

Según Fletcher, Laplanche ha inaugurado claramente una posibilidad psicoanalítica de explicar «aquellas trayectorias psíquicas que se desvían de la función normalizadora de la Ley paterna y sus polaridades edípicas, o intentan reelaborarlas —por ejemplo, diversas homosexualidades femeninas y masculinas—» (p. 118). Podríamos

[9] Para un análisis del «parentesco» y de su determinación heteronormativa dentro del psicoanálisis y la filosofía, véase Judith Butler, *Antigone's Claim: Kinship between Life and Death*, Nueva York, Columbia University Press, 2000. Sobre la oposición de ciertos psicoanalistas franceses a la parentalidad gay y lesbiana, véanse especialmente las pp. 69 y ss.

añadir aquí que las restricciones de la ley paterna, teorizadas explícitamente en oposición a un determinismo biológico, terminan siendo paralelas a las exigencias biológicas del instinto que establecerían la heterosexualidad como matriz exclusiva de un deseo sostenible. La crítica de la normalización que nos ofrece la perspectiva de Laplanche opera principalmente mediante la sustitución de la ley paterna por el significante enigmático.

El género como mensaje enigmático

Este punto nos conduce a la cuestión del género, de cómo se asigna y de si podemos pensar la «asignación» fuera de la teoría de la seducción generalizada. Me sumo a Fletcher al preguntar: ¿cómo dar cuenta del género si el Edipo ya no es el marco exclusivo en el que consideramos su formación? Si no puede presuponerse la heterosexualidad de una estructura parental, y si no puede presuponerse que los niños deseen siempre o exclusivamente al progenitor del sexo opuesto, el campo queda abierto a innumerables permutaciones. Desde la perspectiva laplancheana, el deseo comunicado al niño puede ser complejo o frustrarse a sí mismo, y sería necesario separar la comunicación de un deseo —heterosexual, homosexual o ambos— de la «identidad» del adulto y de la «identidad» que se ofrece o asigna al niño: «Sé la niña que yo nunca fui»; «Sé el hombre que mi marido se niega a ser»; «Sé la niña cuando necesito que lo seas y luego el niño cuando necesito que lo seas». Todas estas son formas proposicionales posibles de deseos que, de hecho, nunca llegan con tal claridad proposicional. La comunicación del «género» proporciona, en realidad, una interpelación, una manera de interpretar el cuerpo que precede y condiciona la experiencia del sexo somático. Fletcher plantea así una pregunta decisiva a partir de la teoría de Laplanche: ¿cómo reconsiderar «la constitución y la inscripción psíquicas de una imagen corporal diferenciada sexual y genitalmente —la represión y la simbolización de qué significantes enigmáticos— como fundamento o, al menos, terreno para la formación de identidades generizadas» (Fletcher, «Letter in the Unconscious», p. 119)? Puede considerarse que Laplanche retoma esta pregunta por el «fundamento» o el «terreno» para reconsiderar la formación de identidades generizadas en su última recopilación: *Freud and the Sexual: Essays 2000–2006*.

¿Por qué, podríamos preguntarnos, Laplanche se vuelve hacia una consideración del «género» en medio de un estudio sobre la sexualidad? ¿Y qué entiende por género? En contextos de lengua inglesa, el término «género» suele referirse a un significado cultural asumido por un cuerpo en el contexto de su socialización o aculturación; por ello, frecuentemente recurre a una distinción entre un cuerpo natural y uno cultural para asegurar una definición del género como producción enfáticamente cultural. ¿Cuál es, sin embargo, el mecanismo de esa producción? Si comenzamos por la nominación del niño, empezamos a comprender el género como una asignación social, pero ¿cómo funciona exactamente esa asignación?

Para responder a esta pregunta tenemos que tomar distancia de la noción de que el género es simplemente un atributo de una persona. O, más bien, si es un atributo, es atribuido, y todavía debemos comprender los medios y el mecanismo de esa atribución. Para Laplanche, el género se resitúa como parte del terreno del propio significante enigmático. En otras palabras, el género no es tanto un mensaje singular como un discurso circundante que incide sobre el sujeto, ya en circulación y movilizado para dirigirse a él antes de que se forme cualquier sujeto hablante y deseante. No se nace en el mundo para encontrarse después con un conjunto de opciones de género: el género opera como parte de las condiciones discursivas generalizadas que se «dirigen» de manera enigmática y abrumadora al bebé y al niño, y que, sostendría yo, continúan dirigiéndose a la persona a lo largo de su vida corporal. Si el género es un significante enigmático en este sentido, entonces opera como parte de la seducción primaria que hemos descrito. En efecto, Laplanche adopta la posición de que el género precede al sexo y sugiere, por tanto, que el género —entendido como aquello que se dirige al niño y que, así, se impone como parte de una intervención discursiva en su vida— precede a la emergencia de la «imagen corporal diferenciada sexual y genitalmente». Desde luego, estoy de acuerdo con este punto.

Por consiguiente, para Laplanche el género es «habitualmente doble, como en masculino-femenino» (*Sexual*, p. 159) y debe comprenderse como un «código» transmitido cuyas enunciaciones específicas también entrañan una dimensión indescifrable, comunicada en gran medida como un «ruido» inefable (*bruit*) a través de una «asignación» que debe entenderse en términos de una «teoría de la seducción generalizada». Esta perspectiva resulta, por supuesto, contraintuitiva en la medida en que podríamos querer sostener que la diferenciación sexual está, en su mayor parte, presente desde el comienzo —aunque las investigaciones recientes sobre la intersexualidad hayan cuestionado esta presunción en las ciencias biológicas y sociales—. Pero ¿existen condiciones bajo las cuales el «sexo», entendido como morfología sexualmente diferenciada, llega a aparecer como un «dato» de la experiencia, algo que podríamos dar por sentado, un punto de partida material para

toda investigación ulterior y para toda comprensión posterior de la adquisición del género? La secuencia que suele emplearse para describir cómo el género emerge únicamente después del sexo, o cómo se le añade, no advierte que el género ya está, por así decirlo, operando, apoderándose de la vida somática e infiltrándola antes de cualquier determinación consciente o reflexiva del género. Si el género se transmite traumáticamente a través de la escena generalizada de seducción, es una asignación que forma e incita la vida de la pulsión, de la sexualidad misma. Podríamos preguntar: ¿qué género?, o ¿género en qué sentido? Pero eso ya supone adelantarse demasiado. Si el género se transmite a través de la escena generalizada de seducción, llega entonces, como sostiene Laplanche, en forma de una asignación acompañada de una especie de ruido indescifrable. Esta asignación, transmitida desde diversos lugares del mundo adulto, lleva consigo deseos y demandas enigmáticos. Laplanche entiende que la asignación impone un «código» para el cual el niño no tiene la clave. Tengo menos certeza respecto de este lenguaje del «código», pues no estoy segura de que podamos distinguir la modalidad de dirigirse a alguien del contenido de lo que se le dirige. Es una cuestión que podremos considerar en otra ocasión. Por ahora, lo más importante es advertir que la asignación de género llega mediante el deseo enigmático del otro, deseo que infiltra la vida somática y que, a su vez, o simultáneamente, incita un conjunto de desplazamientos y traducciones que constituyen la vida específica de la pulsión o del deseo sexual. ¿Puede determinarse la vida somática fuera de esta escena de asignación? En la medida en que el «sexo» corporal aparece como primario, esa condición primaria se alcanza mediante una traducción de la asignación de género por el código binario de la diferencia sexual y la consiguiente represión (*refoulement*) de lo que Laplanche llama *le sexual*, distinto de *le sexuel*, es decir, la sexualidad perversa polimorfa de las pulsiones parciales. En efecto, el género está constituido en parte por deseos inconscientes transmitidos mediante la asignación enigmática de género; podría decirse, por tanto, que desde muy temprano el género emerge como un enigma para el niño y también como una demanda que lo tiene por destinatario. La pregunta quizá no sea, entonces, «¿qué género soy?», sino «¿qué quiere el género de mí?», o incluso «¿de quién es el deseo que se transmite a través de la asignación de género que he recibido y cómo puedo responder a él?».

Un enigma es, por supuesto, un acertijo o una paradoja, pero también una adivinanza que debe resolverse. Para Laplanche, la naturaleza del enigma primario consiste precisamente en ser insoluble. En este sentido, también el género es insoluble. En su concepción de la pulsión y de la transferencia, reescribe la posición kleiniana: el deseo por el pecho bien puede ser menos fundamental que el deseo del pecho, es decir, el carácter erógeno del pecho y la manera en que se comunica su condición deseante. Laplanche invoca aquí la confusión del niño ante el pecho que necesita, pero que encuentra, inconscientemente, como deseante y enigmáticamente demandante a la vez; por ello pregunta: «¿Qué quiere de mí este pecho que me alimenta y me excita? ¿Qué me incita a excitarme? ¿Qué quiere decirme que él mismo no sabe?».[10] En la versión de Laplanche, el niño se formula preguntas ante el pecho y su deseo, y el pecho, tratado como objeto parcial, está investido de un deseo y de un querer propios.

Por eso no es una mera analogía afirmar que el género también aparece como un enigma. El cuerpo del otro no solo aparece bajo una forma generizada: también transmite un significado o una asignación de género como parte de la demanda del deseo. Puedo imaginar, entonces, otro conjunto de preguntas perplejas que surgen para el niño: «¿Qué quieren mis padres de mí cuando me llaman niña?». Ser «llamada» niña no es una operación simple; nunca ocurre una sola vez. Es un «llamado» repetido y fortalecido mediante diversos medios institucionales, pero, como señala Laplanche, en ese llamado hay más de lo que cualquier niño puede comprender. Y añadiría: hay más de lo que cualquier sujeto puede comprender en cualquier momento de su vida. De hecho, el llamado es, por definición, abrumador: porta más deseo y fantasía de lo que su portador puede conocer o su destinatario descifrar. Nuestro encuentro primario con el género adopta, entonces, esta forma: «¿Qué quiere el "género" de mí?», o, de manera equivalente, «¿qué es este ruido perpetuo que llamamos género, una demanda dirigida a mí que no puedo conocer y a la que no tengo ninguna posibilidad de responder adecuadamente?».

Asignación y capacidad de actuar

¿Cómo afecta esta comprensión del género a nuestras maneras de considerar la asignación y la reasignación de género? Si decido reasignar mi género, estoy «decidiendo» en el contexto de haber sido ya objeto de decisiones por parte de otros, de maneras que no puedo comprender plenamente. Esto no significa que esté determinado de antemano por la biología —el instinto— ni por las interpelaciones sociales. Solo significa que no hay

[10] Jean Laplanche, *New Foundations for Psychoanalysis* (1987), David Macey (trad.), Oxford, Basil Blackwell, 1989, p. 126.

asignación de género que no sea, al mismo tiempo, cierta comunicación o demanda y los deseos inconscientes que esta enmascara. Si nos confundimos acerca del género que podríamos ser, ello se debe a que los deseos que se han impreso sobre nosotros, que nos han atravesado e infiltrado, son, en ciertos aspectos, permanentemente enigmáticos e incitantes. ¿De quién es mi deseo? ¿Y de quién es el deseo que se pone en acto en la asignación de género que he recibido, sin haberla recibido nunca realmente de una manera consciente? Podemos intentar dominar esta situación eligiendo nuestro género, pero cometeríamos un error si creyéramos que podemos deshacer el inconsciente mediante el ejercicio de una autonomía radical. El inconsciente es la brecha en la autonomía radical, y eso no puede revertirse. Sin embargo, la separación de la pulsión respecto del instinto abre cierto futuro mediante desplazamientos que no son previsibles de antemano. Por eso, si preguntamos «¿qué género podría llegar a ser?», lo hacemos en el contexto de una pregunta anterior: «¿qué se ha hecho de mí y de quién es el deseo que me ha generizado de maneras que no puedo comprender plenamente?». Sostener que algo insondable sucede en el curso de nuestra generización es otra manera de decir que, hasta cierto punto, somos traídos a la existencia mediante los deseos de otros, y que la impresión de esos deseos es lo que, paradójicamente, nos da los nuestros. «Nuestros propios» deseos no son radicalmente autónomos, sino que están invariablemente habitados y animados por otros, por aquello que permanece extranjero para nosotros, que no es «de mí» y, sin embargo, es «de mí», y sin lo cual no podría sobrevivir.

Si disponemos de una capacidad de actuar que no equivale al dominio ni a la autonomía radical, será una capacidad que sabe que no hay triunfo definitivo sobre el inconsciente. Será, más bien, una capacidad que intenta transitar el dominio del género sin erradicar las condiciones mismas de la vida del deseo. Podríamos tratar de hacer propios el género y el deseo, pero eso significaría desmentir las maneras en que estamos invariablemente, y desde el comienzo, ligados a otros de formas que nunca elegimos. El género es, por tanto, una manera de estar ligados a otros, una manera de transitar ese lazo. La asignación de género es una de las formas en que la pulsión se separa del instinto y abre un futuro cualitativamente nuevo que no trasciende la biología ni la impronta del otro, aunque no esté determinado por ninguna de las dos. No estamos radicalmente esclavizados por el género ni somos radicalmente libres: estamos atrapados en un lazo que comienza, necesariamente, con una asignación contraria a nuestra voluntad, pero que instala e incita la posibilidad misma de la voluntad, del deseo y de la sexualidad. Haber recibido la intervención de otros cuyo cuidado es necesario para la supervivencia, y desarrollar una vida erótica sobre la base de estos contactos primarios, forma parte de lo que significa estar constituido en un discurso más amplio y en una cultura circundante. Se trata, sin duda, de un trauma, uno que no deja de suceder, pero también es lo que establece nuestra posibilidad de estar vivos y de seguir viviendo de maneras que recurren a fuentes biológicas y culturales, aunque curiosa e incesantemente se aparten de cualquier determinismo biológico o cultural.

INFORMACIÓN EDITORIAL

Edición y dirección de la colección
Nicolás Vallejo. Restos · Cuadernos de lectura. Serie: *El otro y el extranjero*.

Fuente y alcance
Judith Butler, «Seduction, Gender and the Drive», en John Fletcher y Nicholas Ray (eds.), *Seductions and Enigmas: Laplanche, Theory, Culture*. Londres: Lawrence & Wishart, 2014, pp. 118–133. ISBN 9781909831087.
Traducción íntegra de trabajo del inglés; incluye la nota de los editores y las diez notas originales. Las citas se traducen desde el texto inglés y las páginas remiten a las ediciones citadas allí.

Circulación y uso
Material de circulación educativa, académica y cultural. Edición preparada para su utilización en seminarios, cursos y espacios de formación a cargo de Nicolás Vallejo. Distribución no comercial. Sin fines de lucro. Venta prohibida.

Derechos
Se reconocen los derechos de la autora, la editorial y los demás titulares. Esta traducción de trabajo se presenta como edición de lectura y no como traducción oficial o autorizada.

Referencia del original Butler, J. (2014). Seduction, gender and the drive. En J. Fletcher y N. Ray (Eds.), *Seductions and enigmas: Laplanche, theory, culture* (pp. 118–133). Lawrence & Wishart.

Citación de esta edición Butler, Judith. «Seducción, género y pulsión». Traducción y edición de lectura de *Restos · Cuadernos de lectura*, serie *El otro y el extranjero*. Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo. Octubre de 2026.